

Reservados todos los derechos, para la reproducción, total o parcial de esta obra, así como la puesta en escena de la misma sin el previo consentimiento de la Autora o de la solicitud a SGAE.

mluzdramaturga@hotmail.com

www.mariluzcruz.com

Frágiles como el cristal

M^a Luz Cruz

Toda mi vida la he pasado con mi madre, y aunque a mis casi cincuenta años podría estar casada hace mucho, e incluso tener algún nieto pequeñín, no he conocido otra vida que no fuese junto a ella. Si no he llegado a casarme no ha sido por falta de pretendientes, no, ni mucho menos, que tuve alguno que bebía los vientos por mí. Fue porque no encontré a ningún hombre capaz de entender la devoción que sentía por ella, lo era todo para mí. Recuerdo uno con el que salí muy poco tiempo, dos o tres semanas, llegó a decirme con muy malos modos, que la dependencia que tenía por mi madre era algo que rallaba en lo enfermizo. Claro, que yo me apresuré a contestarle que él no podía tener nada de eso porque lo suplía con su obsesión por su asqueroso coche. Se pasaba el día hablando del maldito vehículo como si se tratase de una persona, y lo que era peor, la mitad de su sueldo era para malgastarlo en aquella reliquia. El pobre era tan ridículo. Todavía me da risa cuando lo recuerdo, llegó a ponerle hasta un nombre y todo.

Mi madre se quedó viuda muy joven con cuatro hijos, mis tres hermanos y yo, y nos sacó adelante en unos tiempos muy difíciles, luego nos fuimos haciendo mayores y para facilitarnos el trabajo nos trasladamos a vivir aquí a la ciudad, lejos de nuestra tierra. Las amigas que tenía quedaron allí, las pocas que conservo de mi juventud están casadas, nos hemos ido viendo algún que otro verano.

Una de las veces que estuve, una de ellas me invitó al bautizo del hijo que acababa de tener. Y como era de esperar me hicieron la pregunta de rigor: *¿Y tú, para cuándo? A este paso vas a peinar canas y no vas a poder levantarlo.* Al ver mi cara el marido le dio un empujón y se hizo un silencio. Cansada de que me hiciesen la misma pregunta cada verano acabe por inventarme un marido. Y tratando de salir airosa de la situación me apresuré a responder que mi querido esposo y yo estábamos muy trabajadores para que llegase esa ansiada criaturita. Atónitas por la noticia de mi matrimonio me acorralaron en la cocina y me asediaron a preguntas. Ese marido lógicamente no existía. Yo justificaba su ausencia en el pueblo con exceso de trabajo veraniego *¿Y quiénes tienen exceso de trabajo en verano?* Entre otros los camareros y los de las agencias de viajes. Me pareció más atractivo el trabajo de la agencia y sin pensarlo dos veces me apresuré a hacerle propietario de una de ellas.

Cuando llegué a casa y le conté a mi madre el bulo que acababa de soltarles, ella puso el grito en el cielo. *¡Te has vuelto loca! ¡No sabes que se pilla antes a un mentiroso que a un cojo!* Pero por más gritos que diese el bulo ya estaba dicho, y lo único que podía hacer para no dejarme mal era seguirme la corriente.

Cuando se cuenta una mentira se tiene que ser muy lista para no caer en tu propia trampa, *¿Y cuál había sido la mía?* El no haberme dado cuenta que con un marido enredado siempre con viajes, era de suponer, que nosotros durante el resto del año haríamos más de una escapadita a algún que otro país exótico. O sea, que cada verano un mes antes de ir al pueblo de vacaciones, mi madre me ayudaba a idear el maravilloso viaje con el que durante ese año me había sorprendido mi inventado maridito. Que lógicamente era ninguno.

Si en lugar de decirles que mi dulce compañero tenía una agencia de viajes, me hubiera limitado a decir que era un camarero que servía cafés en el bar de la esquina, habría evitado gastarme un dineral comprando todas las guías y revistas de viajes exóticos que tuve que comprar.

Mi madre, aunque me regañaba acabó por seguirme el juego y nos reímos inventando todo tipo de aventuras. Me acercaba a una agencia de viajes y como si en verdad tuviese que salir de vacaciones, me informaba de los distintos destinos a elegir. Una vez escogido, las dos nos empapábamos bien del itinerario que teníamos que seguir, para familiarizarnos con el terreno y

conocer los monumentos, las costumbres, las fiestas típicas y la gastronomía del lugar. En alguna ocasión llegué a comprarme en casas especiales alguna pieza de ropa y probar alguno de los guisos para darle más realismo al contar nuestra fantasía.

Para ponerle cara a ese individuo que vivía conmigo llevaba en el bolso la foto de un compañero de trabajo, nos la hizo otra compañera dándome un beso el día de mi cumpleaños.

Cada vez la farsa iba creciendo más y más, como una bola de nieve y empezaba a cansarme de viajar con la imaginación, pero me aterraba tener que contar a mis amigas la verdad. Le confesé a mi madre el cansancio y el miedo que sentía y ella le buscó la solución a aquel disparate. Recuerdo que entre risas me soltó. *Nena*, porque ella siempre me llamaba nena. *Hay que acabar con este viajero, ya no nos caben ni más guías ni más revistas en los muebles. Lo mejor es que eches cuatro lagrimitas y le pidas el divorcio a ese inexistente marido.* Yo, solté una carcajada, la di un besazo y siguiendo su consejo acabe con aquella inexistente relación. Aquel verano decidí sorprenderla haciendo un viaje de verdad, no era a ningún país exótico, era el viaje a Venecia con el que siempre soñó. Paseamos en góndola bajo de todos los puentes, estaba tan emocionada que al llegar a la plaza San Marcos, le cayeron dos lágrimas. Nos trajimos de recuerdo un jarrón de cristal de Murano y una máscara veneciana.

El recuerdo de aquellas maravillosas vacaciones duró poco tiempo, un par de meses después de volver, la salud de mi madre empezó deteriorarse. Olvidaba las cosas, dejaba la puerta abierta con las llaves puestas, varias veces se perdió al salir a comprar.

Su deterioro cada vez era más evidente, deambulaba por la casa como un animal enjaulado. Cada vez necesitaba de más cuidados. Y a medida que eso sucedía la ira se iba apoderando de mí, arremetía contra todos, contra todo el que me saliera al paso. Me negaba a aceptar la realidad. Aceptar que mi madre padecía la enfermedad de Alzheimer, y que no volvería a ser la persona cariñosa y divertida que era. Traté de negociar con mis hermanos cualquier arreglo para que no ingresarla en una residencia, pero por más que supliqué se negaron en rotundo, el médico estaba de su parte y nos aconsejaba que dado su estado era lo mejor para ella y para de mí. Estuve varios días sin dirigirles

la palabra. Al final no tuve más remedio que aceptar la evidencia y dejarla marchar. En casa quedaban todos sus recuerdos, todas sus cosas, porque todo lo que necesitaba para su estancia en la residencia cabía en una maleta. Me volqué tanto en ella que no tenía pensamientos para nadie más. Procuraba salir del trabajo lo antes posible, cogía el bolso y la chaqueta y salía corriendo para que nadie me entretuviese, porque mi madre me esperaba. Al verme llegar cada tarde sus ojos se iluminaban y no sé si seguía viendo en mí a su hija o sólo era para ella una cara familiar.

Me organizaba muy bien, si tenía que ir a la peluquería o a comprarme ropa lo hacía los sábados por la mañana, y la compra al salir de la residencia. En los tres años que estuvo allí, falté un solo día, pero muy a mi pesar. Fue un sábado del mes de julio, una compañera se casaba y se empecinó en que no podía faltar a su boda, se puso tan pesada que no conseguí que se diera por vencida, según ella tenía que presentarme a alguien. Me presentó a un primo suyo que era separado, un auténtico pelma, se pasó toda la comida hablándome de su hijo sin parar.

Los tres primeros meses tras la pérdida de mi madre, hacía por inercia el mismo recorrido que había hecho durante los tres últimos años y cuando llegaba a la puerta de la residencia me quedaba mirando tras los cristales, tenía la sensación de que al llegar allí la iba a encontrar esperándome. Veía a las asistentas pasar y me escondía rápidamente para que no me vieran, no quería que pensasen que había perdido la cabeza.

Llegó el día que tuve que asimilar que ella ya no estaba, y aceptar que las personas por fuertes que parezcamos somos frágiles como el cristal.

Oscuro